

# Preguntarse es bajar la guardia

No sé si fue después de la Revolución Industrial, de la postguerra, de la era digital o de algún otro gran salto en pos de la modernidad, pero parece que nos hemos encarrilado en dirección a una sola expectativa: la de obtener respuestas. Tanto así que las víctimas de la era moderna se han acostumbrado a calificar la calidad de una pregunta por el peso de su resultado, por la capacidad que tenga de resolverse. Pareciera que las respuestas son lo único que queda y lo único que importa. Por lo tanto, el acto de preguntarse ahora equivale a bajar la guardia, como si en él se asumiera una postura endeble e incómoda –para los demás– por contraponerse a lo que se espera de todo aquel que se atribuya un cierto grado de responsabilidad.

El mundo occidental se regula por principios duros de la cultura sajona y su adicción por los enunciados y las acciones. "Hay que enfocarse" es el nuevo mandato de aquel que osa perseguir un propósito y supongo que será más rígido (peor aún) si además se pretende tener éxito. La importancia conferida por completo a las respuestas hace que el peso de su procedencia importe menos, hace que prácticamente desaparezca el punto desde donde se originaron. Es decir, la predominancia de las respuestas genera una relación de proporcionalidad inversa ante las preguntas de tal manera que las destruye.

Sucede que matando el peso de la pregunta conseguimos cierta seguridad y que, por otro lado, es facilísimo dejarse llevar por el efecto embriagador de la sensación de control (falsa, por cierto) de la que nos hemos vuelto dependientes. Pero la realidad es que si nos hiciéramos mejores preguntas haríamos que valiera la pena pagar un seguro de gastos médicos mayores (lo cual debería



ser nuestra máxima aspiración ante la asumida ansiedad de control). Y ya. Lo demás es ocuparse en seguir: asegurarse de que el tanque tenga gasolina, de que la máquina del coche esté en condiciones propicias. Entonces poco importarán las condiciones del camino o la distancia del destino. Lo que quiero decir con esto es que la autonomía de lo que nos preguntamos debería importarnos más porque priorizar e invertir en eso es más constructivo y poderoso, en el caso de que lo que queramos sea resolver, seguir buscando y mantenernos atentos a lo que nos pasa. Las preguntas no deberían ser simplemente curiosidad si tienen el potencial de ser un mejor estado de conciencia.

Si las preguntas se emanciparan, liberándose de la relación inversamente proporcional con sus consecuencias, tendrían un resultado tranquilizante sin *side effects*. Rivotril para la persecución trascendental del rato que pasamos en esta realidad profana. Tal vez si desarrollamos más preguntas ilógicas, posibilitaremos un rato de perpetuidad extraordinaria.

## TOÑO TURUEÑO

A pesar de cursar todo lo que uno tiene que estudiar para medio aprender a leer, escribir y hacer cuentas, nunca ha trabajado en nada que tenga que ver con eso. Hoy es esquizofrénico profesional o profesionalmente esquizofrénico. Tal vez por eso hoy en una de las cosas en las que realmente cree es en el poder de hacernos mejores preguntas para quizá ser más felices y, en algunas circunstancias, mejores personas. Aún no sabe cómo llegó ahí.